

El semen de los generales



El semen de los generales es un retablo por el que desfilan, desordenadamente, políticos, militares, diplomáticos, mediadores, embajadores, cónsules, obispos, traficantes, guerrilleros, negociadores, periodistas, mafiosos, emisarios, terroristas, valientes, cobardes, inocentes, culpables, pactos, alianzas, acuerdos, hambre, contrabando, desolación y guerras.

Es un mosaico que mezcla la ficción con los hechos reales publicados en la prensa entre los meses de febrero y marzo de 1989.

Lo que se publica, lo que nos llega, lo que sabemos, no es más que la punta del iceberg. Detrás, entre bastidores, ellos eligen los decorados, escogen los actores y nos indican el momento en el que tenemos que aplaudir o silbar la representación.



Soplan vientos de paz
sobre nuestras cabezas.
Un vuelo de palomas
besa el cielo de El Cairo.
El enemigo espera agazapado.
El enemigo siempre
espera agazapado.
Cadáveres al sol,
yacimientos de carne mutilada.
La muerte se levanta temprano
y sobrevuela
los campos de batalla.
Misiles y machetes,
un punzón afilado
o una granada,
cualquier objeto es útil a la muerte
y se transforma en arma
en las manos del hombre.
El semen de los generales
engendra la violencia.
Semilla del diablo.
Cauce de sangre y miedo
que acallará la voz
de las revoluciones.
Los versos del poeta
agitan los infiernos.
La mano del profeta
señala a los culpables.
La blasfemia se paga con la muerte,
el ataque a los dioses
se paga con la muerte.
La amenaza del sable
no admite condiciones
Doctrina y ortodoxia,
acuerdos, compromisos...
Mediadores que exportan
la muerte que ellos mismos,
en público, lamentan.

Conferencias de paz
donde se sientan
las bases de la próxima contienda.
Campanadas de muerte a medianoche.
Antes de amanecer,
ocultos por la niebla,
los monstruos de Jitomir
atraviesan Europa.

Llueve sobre Kigali.
Se han callado las armas.
Los hijos de Kabul
fabrican ataúdes.
Después cesa la lluvia.
Huele a tierra mojada
y a doctrinas.
Con la cara aplastada
contra el barro,
escucha el chapoteo
de botas en el agua.
Mira hacia el cielo,
como si fuese el mar,
y ve mudar las nubes
con formas de animales
y de sueños.
Recuerda que de niño,
siempre le dieron miedo
las tormentas.
Eran el protocolo
del gran juicio final.
La cólera de un diós enfurecido,
de gesto adusto
y semblante severo,
atravesando el cielo con sus rayos.
Un iracundo Dios
flanqueado de ángeles
con túnicas azules
y trompetas doradas,

que con un gesto firme
pondría a su derecha
a los hombres más justos
y pondría a su izquierda
a los culpables,
hombres de poca fe,
humanos pecadores,
quemados sin piedad
en las eternas llamas del infierno.
Siempre se preguntó
cómo sabría Dios quienes eran los justos.
¿Es más justo matar
que ser matado?
Chapoteo de botas.
Oscuras nubes grises
se bañan en los charcos.
La humedad se cobija entre sus huesos.
Ahora tiene frío,
está temblando.
Alguien se acerca,
se para frente a él
mirándole a los ojos.
Sabe que va a morir
pero no siente miedo.
Nunca pensó en morir de esa manera.
En realidad,
nunca pensó en morir,
aunque sabía
que, más pronto o más tarde,
todos han de morir.
Fueron pocos segundos,
los que tardó en armar la bayoneta
y estrellar el fusil
contra su cuerpo.
A él le pareció una eternidad.
que pasó por su mente
en un instante.
Sólo sintió el calor

y el filo del metal
abriendo sus entrañas.
El enemigo parece sonreír,
no puede asegurarlo
porque lo ve borroso,
pero siente otra vez
entrar la bayoneta.
Otra vez el calor.
Luego el silencio.
En ese mismo instante,
en un lugar del mundo,
sobre una vieja mesa de madera,
alguien firma la paz.
Un acuerdo de paz.
Un armisticio.

Abjura Galileo.
Los agámidos buscan
el sol entre las ruínas.
Túnez mendiga pan
y recibe promesas.
Se propaga la muerte
en Praga y en Varsovia.
La muerte no envejece,
no sabe religión
ni geografía,
no distingue países
ni personas.
La muerte se alimenta de sotanas,
de hombres y mujeres,
de soldados, de jóvenes, de niños,
de bestias y uniformes.
La muerte se alimenta
de panes y de peces,
de sueños y promesas.
Cualquier hombre, mañana,
puede ser sospechoso.
Cada frontera puede

desatar un conflicto.
Infierno en Budapest.
Vuelo rasante,
mordisco de metralla.
Prófugos,
desertores,
insumisos,
corren desnudos
hacia la madriguera.
Fuego de represalia.
La muerte se alimenta de inocentes
y paga su servicio
con condecoraciones y medallas.
Tiembla la tierra,
estrépito y cadenas.
Los carros de combate
agrietan el asfalto.
Sus penes gigantescos
eyaculan metralla,
semen de muerte y fuego
que calcina la tierra
que fecunda.
Mérida engalanada
de vidrios y basura.
Barricadas de miedo
rodean Maracaibo.
El impacto de un ángel
contra los submarinos
perfora el fuselaje del planeta.
Ha de volver la muerte
a manos de los dioses.
Se tambalea el mundo,
ruedan las esmeraldas
por la arena.
Las aves del horror
sobrevuelan Pristina
y aflojan su excremento
sobre la ingenuidad

de las revoluciones.
Tiranos,
Faraones,
Mariscales,
vampiros de la sangre confiada,
erigen sus estatuas
sobre los huesos de los humillados.
Sentados en la mesa,
los interlocutores se saludan:
Diplomáticos, cónsules,
mediadores, ministros,
delegados, espías,
portavoces y obispos,
se miran, se sonrien,
y en su largo silencio
la noche los abraza.
Lejos de los palacios
bajo un cielo quemado por el odio,
cansados como niños,
los generales duermen
poblados de medallas.

Rosas de fuego crecen
después de la batalla.
La luna se sumerje
en el brazo de un yonky,
y ausente y ciega, duerme
la ciudad sumergida.
La historia se pregunta,
¿qué buscan estos monos
disfrazados de rancios uniformes?
Mutantes travestidos,
portadores de emblemas
y estandartes,
dispuestos a matar por una patria,
dispuestos a morir por la bandera.
Centauros reciclados,
centinelas del orden venidero,

guardianes de un pasado
corrupto y carcomido.
Ellos son la simiente
del hombre del futuro,
víctimas del ayer,
verdugos del mañana.
Responsables del hambre permanente,
de los vientres hinchados
y las moscas.
Aquellos que hoy agrandan
su nación a bocados,
mañana vagarán
errantes por la tierra.
En este mundo atroz,
huérfano de futuro,
mañana ya es ayer
y ayer no se recuerda.
Lloran dos mil cerezos
milenarios, desnudos,
bajo el peso esponjoso
de las nubes de enero.
La flor del crisantemo
se marchita en Tokio.
Un espejo ovalado,
un jardín y una espada,
y doce monjes mudos
ocultos en la sombra.

Los ojos del Islam
miran amenazantes.
De noche son iguales
el martir y el hereje.
Los jóvenes reniegan
de los nuevos profetas.
Sueñan un paraíso
con hermosas mujeres,
pero en las barricadas
se cuece, a fuego lento,

su carne aderezada
con sangre y con arena.
Y mueren asustados,
en medio del silencio,
con los ojos abiertos
y las manos vacías.
Mientras, en otra parte,
tal vez en Sarajevo,
con su burda sonrisa
mohosa y congelada,
el general preside
los actos de homenaje,
y ante sus ojos, llenos
de humo y de metralla,
desfilan los soldados
con sus guantes de seda
y con sus galas.
Todos al mismo paso,
con sus estafalarios uniformes.
Luego empieza la fiesta,
el baile de chaquetas
y corbatas.
Onde en los salones
la consigna:
*Combatir las palabras
con palabras;
las armas, con las armas;
la fuerza, con la fuerza.*
Los grandes mandatarios
afilan sus cuchillos,
intercambian sonrisas
y saludos,
una vez y otra vez,
se dan la mano,
acompanan su agenda:
Citas bilaterales,
cumbres y conferencias,
reuniones y congresos.

¿A quién creen que engañan
estos buitres,
camuflados detrás
de sus trajes oscuros,
sus oscuras corbatas,
su corazón oscuro?
A salvo de las balas,
protegidos,
su semen se derrama
entre las piernas de las prostitutas.
Los ojos del Islam
miran amenazantes
y occidente bosteza.
Sumida en el letargo,
la vieja Europa
dormita confiada.
Los viejos combatientes,
perdidos en la niebla,
descubren que la historia
les ha vuelto la espalda.
Confusos y olvidados,
lejos de renegar de su fortuna,
dejaron su mirada suspendida
entre la estrecha luz
de una alambrada.
¿Con qué bandera cubren
su vergüenza los dioses?
Es difícil vivir
después de la batalla,
difícil caminar
sin armas en la mano,
difícil sonreír,
difícil respirar
sin enemigo enfrente,
alguien a quien matar,
un objetivo.
Envueltos en nostalgia,
sin lamentos,

sin ira,
sin reproches,
sin levantar la voz,
sin pedir nada a cambio,
o casi nada,
los viejos combatientes
se diluyen.

Duerme Roma la larga
vigilia del ocaso.
Un barco merodea
los perfiles de Argelia.
Las brujas de Rabat
se ocultan en las urnas.
Víctimas y verdugos,
un duelo de titanes.
La cólera de Dios
todo lo purifica,
exilios y venganzas,
fronteras y desiertos.
Te mira fijamente,
se enfurece y dispara
el dardo de la muerte
contra los elegidos.
En primavera, Praga
se engalana de flores,
y salen a la calle
los santos en Belgrado.
Jueces y magistrados
se sacuden el polvo,
y miran a otro lado
con las manos atadas.
Los políticos callan,
los generales duermen
con el pecho poblado de medallas.
Campesinos con hoces
y obreros con martillos
sueñan un nuevo orden,

que es el orden de siempre.
Planea la injusticia
sobre los humillados,
que se muerden los labios
con impotencia y rabia.
Se absuelve a los culpables
y la causa se archiva
dentro de la carpeta
de: "Secretos de estado".
Emergen las naciones.
Sobre las sinagogas
se edifican los muros
del futuro,
se elevan los cimientos
del día de mañana.
Saluda el presidente.
Su vida es un tesoro,
(piensan los guardaespaldas),
pero la mafia habita
los lugares ocultos de la tierra,
los pequeños rincones.
Las mafias extranjeras
se calientan al sol
de las costas de España.
Han movido su ficha los gigantes,
pactan una salida
honrosa y aparente,
sin sangre derramada,
un asalto inminente
para pacificar tantas revueltas,
una acción teatral,
un espectacular golpe de efecto.
Pero bajo la mesa,
es otra la estrategia,
son otros los acuerdos,
los términos pactados.
Malabaristas, magos,
equilibristas del acuerdo,

funambulistas de la diplomacia,
retóricos del trueque
y del papel mojado,
todos guardan un as
bajo la manga.
Cuando dicen:
“un acuerdo de paz”,
quieren decir:
“borrar del mapa al enemigo”.
Matar es un deber
cuando es Dios quien lo manda.
Escándalo en el norte,
apoyo y subvención a la guerrilla.
¿Quién le vende las armas al rebelde?
¿Quién le instruye?
El mundo se divide en dos facciones,
de un lado, los que matan,
del otro, los que juzgan.
Doce jueces vigilan la fe de Sarajevo,
verdugos de la luz y de la dignidad,
retiran los espejos y alientan el suicidio.
Cuando la dignidad es un castigo,
los mediocres encuentran la salida
y por ella se escapan asustados.

La rebelión de Adonis amanece.
Hoy avanzamos solos,
mañana volverán a ser millones.
La rebelión de Adonis continúa,
fomenta el patriotismo.
Aulas rebosantes.
Cultura comprimida.
Crecieron entre himnos y oraciones,
siguieron el camino
que siguieron sus padres,
los padres de sus padres,
los padres de los padres de sus padres.
Ningún hombre ha vivido

sin que hubiera una guerra
en un lugar del mundo.
Recogieron el fruto
que sembraron sus padres,
la nada en una mano
y el futuro en la otra.
Pero el futuro es sólo un espejismo,
un señuelo para seguir viviendo,
una manera de perder el tiempo.
No podemos usar una misma palabra
para nombrar dos cosas diferentes.
Vida y muerte, sin duda,
son palabras distintas.
Son palabras distintas,
vencedor y vencido.
Derrotas y victorias,
son palabras distintas.
Pero en cualquier momento,
estallan en sus manos las cerezas
y el ángel de la muerte
sobrevuela Polinje.
Plegarias y oraciones,
torturas y exterminio,
tierra sobre las fosas
óxido en los fusiles.
Sin tregua y sin descanso,
los falos de metal vomitan lava,
semen mortal,
carne despedazada,
reventada,
podrida.
Ya no caben más muertos en mi frente.
Ya no caben más fosas en mi alma.
Velan en las trincheras
los hombres asustados.
Duermen los generales
con el pecho saciado de medallas.
En Berlín todo el mundo

esquiva la mirada,
cada mano recela de la otra,
cada hermano recela de su hermano,
cualquier gesto levanta una sospecha.
Unos ojos que miran
tapados por el ala de un sombrero.
La sospecha circula
libremente en sus calles.
Doce sombras recorren
los pasillos de Esclimont.
El este se desangra.
Corre de norte a sur
la contagiosa fiebre del dinero.
Se desliza el otoño
por las grietas del Kremlin.
Nada crece sobre las viejas ruinas
hoy que Moscú recobra la palabra.
Recuerdos de un Moscú
sombrio y mudo,
estaciones vacías
y trenes fantasmales.
Gitanos de Estambul y Macedonia,
venden, de contrabando, el paraíso.
El Vaticano lanza
las campanas al vuelo.
Discursos y homilias:
No debe confundirse el amor
con el sexo, vociferan.
Pero ellos, lo confunden.

Tensa calma en Asmara
tras la tregua.
Miles de corazones evacuados.
Alguien quiere salir,
podemos ayudarlo.
En el tiempo de espera,
habla la diplomacia.
Se busca un nuevo cauce para el diálogo,

una resolución pacífica al conflicto.

La propuesta de paz
ya está sobre la mesa.
Solemnes y educados,
los pacificadores
reparten territorios,
modifican los mapas,
definen las fronteras.

Un macabro festín
en mesas de caoba
mientras la calle llora
la muerte de sus hijos.

Miles de ciudadanos
salieron a las calles,
banderas y pancartas
aclaman la visita.

Vitorean y aplauden,
agolpados,
detrás de la barrera protectora.

La mano que saluda.

Una sonrisa.

Danza de guardaespaldas y gorilas.

A la luz de los últimos sondeos,
ganar las elecciones
es un hecho posible.

Cenas de gala,
fiestas benéficas,
recaudar fondos,
el dinero, motor de la campaña.

Un cambio de estrategia,
el candidato solo ante el peligro.

“Soy un hombre feliz,
-comienza su discurso-
hoy estamos a un paso
de conseguir la meta”.

Éxodo callejero.

Estalla la revuelta.

Cócteles molotov,

coches quemados.
Las fuentes oficiales
no precisan las cifras.
Muerte teñida de óxido y orina.
Pastores de la muerte
conduciendo el rebaño.
La levedad es un salvoconducto
para escapar con vida
de esa trampa de alambres y metralla.
Caucho quemado
y hierros retorcidos.
Atentos al silencio,
palpando en las arterias de la noche,
a cara o cruz se juegan
su vida en las aceras.

Miradas de recelo
entre los generales.
Flechas cruzadas,
dardos envenenados.
En Bogotá conviven
la fe con los fusiles,
y entre los muertos flota
la voz del evangelio.
Estruendo de medallas oxidadas.
Presagio de masacre.
Halcones de alas blancas
vuelan sobre Tocache.
Huyen los insurgentes.
Los viejos generales
intercambian miradas.
Su semen se derrama
y sembrará de muertes el planeta.
La muerte disfrazada
con distinto ropaje:
Matanzas, genocidios,
masacres, represiones.
Los gobiernos repiten

fielmente su tragedia.
Pletóricos de un odio
voraz e inevitable,
cumplen siempre su ciclo,
con los mismos errores.
Mutilan, envenenan,
ejecutan, torturan,
asesinan testigos,
distraen pruebas
y ocultan sus desmanes
en fosas colectivas.
Manos anónimas
aprietan el gatillo.
Cada una recoge su cupo
y se desliza
mezclada con la herencia
sagrada de los mayas.
El presidente salta por los aires,
o muere de un impacto de bala
en la cabeza.
Un panel de pantallas
lo repite incansable,
noche y día,
en todos los lugares de la tierra.
Un soldado se agacha
y saca del escombros una muñeca.
Se vuelve hacia la cámara
y la muestra,
cogida entre los dedos pulgar y corazón,
como si fuese un pez.
La cámara la enfoca,
se acerca, haciendo un zoom.
El soldado sonríe
y la deja caer sobre las huellas
de un carro de combate.

El este se desangra.
Autoridad y fuerza se confunden.

El gigante del este
cierra los ojos con delicadeza.
Los campos de Passau
florecen de esperanzas.
Oriente y occidente
comparten sus pecados.
Actos solemnes,
solemnes ceremonias.
Cada página nueva
se escribe con la sangre
de un gesto desolado.
Las palabras escritas
ocultan las verdades.
Cada hombre pelea
por lo que necesita.
La voz del hombre pobre
pide pan.
La voz del sometido,
independencia.
La voz del marginado,
dignidad.
Pero la dignidad
es asunto de Estado,
y siempre se cocina
de puertas hacia adentro.
En cualquier lugar del mundo
emergen los enanos
que amenazan el orden y el imperio.
Treinta años de exilio.
Vuelta a casa.
Besar de nuevo el suelo de tu tierra.
Se prepara el encuentro
entre los mandatarios,
los asesores cuidan
los últimos detalles,
la forma de la mesa,
la luz y las cortinas.
El insurgente dice:

“Van a cambiar las cosas,
y eso también depende de nosotros”.
Mientras tanto,
alguien quiere cruzar la frontera.
Un éxodo masivo.
Se destruyen barreras
y alambradas.
En nombre de la fe
todos lavan sus manos.
Pilatos se encarama al estrado
y se masturba.
En Varsovia celebran
un acto por la paz.
Los generales duermen,
abrazados al clero,
con el pecho cargado de medallas.
Una mujer adorna
la tumba de un soldado.
¿Cuántos soldados
perderán hoy la vida?
Entre un rumor de voces
de condena,
de pactos y de alianzas,
el mundo se desgrana,
pero los generales,
ya han conciliado el sueño.

Cae la noche en Luanda.
Las tropas del gobierno
sofocan la guerrilla.
Tu vida no vale mucho
si tu piel es diferente.
Tu vida no vale nada
si eres blanco entre los negros,
y vale menos que nada
si eres negro entre los blancos.
Generaciones de niños
heridos por la violencia.

Barcos de refugiados
vagando a la deriva.
Las mujeres venden sueños
en las calles de Namibia.
¿Quién ha urdido las tramas del pasado?
¿Quién urdirá las tramas del futuro?
Un olor a podrido
embalsama el planeta.
Respiramos un aire
turbio, denso y plomizo.
Detrás de cada gesto
hay algo sucio.
Hay suciedad
detrás de las medallas,
detrás de los gobiernos,
detrás de las iglesias,
Detrás de cada hombre
hay suciedad.
El aire sopla sucio.
Seguimos ajustando
las cuentas al pasado,
porque tenemos miedo
de mirar al futuro.

Un periodista muere asesinado.
Siete disparos mientras
veía la TV.
¿Lo matan desde dentro
o desde afuera?
Cuatro mujeres chinas se suicidan,
ahogándose en un lago,
para escapar de un matrimonio impuesto.
La libertad es un camino
que a menudo se cruza con la muerte.
Un hombre es denunciado
por denunciar la muerte
de veinte mil personas durante la revuelta.
Inevitablemente, se confundió en la cifra,

fueron veintemil uno.
Se mezclan en el aire
las voces y las bombas.
Hay gente en los mercados,
gente en los consulados,
y el vendedor pregona lo que vende:
Dátiles y aguacates,
aceite y nuez moscada,
miel, vinagre y melaza,
frutas y especias.
Pactos, negociaciones,
concesiones y acuerdos,
tratados, coaliciones,
paz y resoluciones.
Cualquier cosa se vende,
cualquier cosa se compra.
Detrás de cada guerra
alguien hace negocio.
La tierra es un edén de mercaderes.
Los vampiros reclutan
sangre joven.
Buscan en los mercados,
observan las esquinas,
se acercan cautelosos,
taimados y colocan
una mano en su hombro
y les susurran:
Combate por tu gente,
combate por tu patria,
combate por la gloria.
Y luego, los adiestran,
los arman,
les inculcan deseos de matar
y los llevan al frente.
Su bautizo de fuego
es cualquier guerra.
Campos de minas
y carros de combate.

Patrullando por calles solitarias,
florecidas de espinos
y de escombros.
Pasados unos meses
las tropas se repliegan.
Todo indica
que el frente está tranquilo.
La moral está alta,
y se han tomado
algunas capitales importantes.

Cogidos de la mano
los jóvenes protestan.
Una cadena humana
contra las injusticias.
Turistas,
refugiados,
periodistas,
que acuden
al olor de la sangre
y la carroña.
La ambición y el soborno
son motores
que alimentan el mundo,
los goznes de su eje,
los pilares
sobre los que se asienta.
Mesiánico vaivén.
Las armas son palabras
y las palabras, armas.
Sus confusos discursos
de gestos ampulosos
como gotas de lluvia.
Pedazos de metralla
que brotan de sus penes
heróicos y exaltados.
Flujos de lava
caliente y espesa,

hambrienta y pegajosa,
que desvasta y atrapa
lo que encuentra a su paso.
Ríos de esperma
que brotan de su pecho
cargado de medallas,
de sus firmes pulmones,
de sus gargantas secas.
Brillo de espadas,
de sables y arcabuces,
de lanzas, mosquetones,
granadas o misiles.
Plaga de insectos.
Rugido de cañones.
La tierra se estremece.
Llueven del cielo los paracaidistas
como el soplo infantil
de un molinillo
Pedazos de metralla
que flotan en el aire.
La cabeza de turco
que rueda por los suelos.
Los viejos compañeros se traicionan.
Otro beso de Judas se repite.
Nadie quiere perder
el tren de la esperanza.
Nadie quiere perder
el paso de la vida.
Los viejos redentores,
dogmáticos, creyentes,
eternos ideólogos
de un mundo desquiciado,
contemplan impasibles,
como se desmoronan
sus obras y sus muros.

¿Quién designa los cambios?
¿Quien marca los relevos?

El relevo de un hombre
puede significar
el comienzo de un cambio
o el anclaje al pasado.
Se desangra Berlín,
un éxodo de ratas,
una marea humana.
Las voces de la calle
claman por las reformas.
Revuelo de futuros candidatos,
reuniones en la cúpula,
corros en los pasillos,
dudas en el Partido,
reuniones borrascosas,
tácticas, maniobras,
sonrisas, puñaladas,
renuncias, conferencias,
conjuras, ambiciones,
injurias, improperios,
insultos y agresiones.
Una larga cadena
que aplasta la esperanza
de ingénuos ciudadanos.
El tiempo, sin embargo,
continúa su marcha.
Ya es primavera en Praga,
otoño en Leningrado,
amanece en Varsovia,
y en Budapest,
festeja San Esteban
la noche derrotada.
Puedes pensar que tienes
el control en tus manos,
que manejas los hilos de tu vida,
de lo que te sucede,
pero tan sólo puedes
rezar para que el techo
al caer, no te aplaste.

El cielo se desploma.
Durante unos segundos,
la tierra se estremece,
de poco sirve ser
un atleta o un gigante,
sólo puedes rezar,
si aún lo recuerdas.
Las suites están vacías,
la gran final nunca llegó a jugarse,
las emisoras disparan sus noticias:
Se necesita sangre,
El agua está contaminada,
El presidente acude el lugar de los hechos
para apoyar a las víctimas.
Todos los mandatarios
(menos Dios)
envían telegramas
y prometen ayudas.
Todos los mandatarios
(menos Dios)
transmiten condolencias.
¿Y Dios?
¿Dónde está Dios?
¿Están los ojos de Dios
detrás de tanto infortunio?
¿Está el olvido de Dios
detrás de tanta matanza?
¿Está el deseo de Dios
en tanta confusión
y tanta sangre?
Se han cerrado las puertas
de la tierra prometida.
Caminos cerrados,
trenes descarrilados,
puentes que vuelan,
latas de conserva
convertidas en bombas.
Podéis matar al hombre

pero no su palabra.
La palabra del hombre
es inmortal.
La palabra del hombre
es infinita.
Ante las armas
las leyes enmudecen,
pero no la palabra.
No se puede matar
la voz de los rebeldes.
Siempre hay alguien que lanza
la primera palabra,
que levanta la voz,
que se rebela.
En Armenia
se ha levantado un hombre
y ha lanzado su voz
contra las armas.
Terremoto en Europa.
El este se ha quedado sin aliento.
Se mueven las fronteras.
Nadie dice lo que cree.
Nadie cree lo que escucha.
Dejemos que la historia continúe.
No somos, por fortuna,
el último eslabón
de la cadena.
Buscad el ADN,
el aliento común,
la esencia de la vida,
lo que comparten
todas las especies.
¿Cuántas balas creéis
que se dispara el mundo cada día?
¿Cuánta metralla engulle?
¿Cuánta basura entierra?
¿Cuántos muertos
esconde en sus cloacas?

¿Cuántos huesos y dientes,
mandíbulas y cráneos?
¿Homo Sapiens, has dicho?
La memoria
es la sombra del pasado.
Hay señales que avisan.
La tierra se revuelve.
Nos manda su mensaje.

Redadas y sirenas,
coches de policía,
encapuchados.
Semillero de muerte.
Traficantes de luz
y de silencio.
Sórdidos habitantes
de un infierno brumoso,
de un universo blanco.
Desolados viajeros
de mirada perdida,
de movimientos lentos,
perezosos.
Autómatas heridos
por la nieve.
Famélicos fantasmas
de mirada vacía,
perdidos en la noche.
Pasajeros de un viaje
sin retorno.
No sólo de la guerra
se nutren los soldados.
La patria pide auxilio
y algunos no escucharon la llamada.
Miles de seres grises
corren a los refugios,
haces de luz nocturna
buscan al enemigo.
Caza de brujas,

fogata de artificios.
Amparado en la noche,
Galileo recoge
los restos calcinados
y escapa sigiloso,
cubierto de un gabán
de terciopelo rojo.
Y atraviesa ciudades,
cruza países.
Sus pies pisan Teheran,
Beirut, Damasco, Argelia,
Estambul y Somalia,
Líbano, Cisjordania,
Israel y Turquía.
Y en las calles de Viena,
se oculta en un portal
marcado con la sangre
de un cordero,
mientras el Parlamento,
acaloradamente,
discute y delibera
la utilidad de los apocalipsis.
Los disidentes
se enfrentan al sistema.
Muertes deliberadas.
Profesionales del crimen disfrazado.
No hay pastel para todos.
Ernest Jünger devora una hamburguesa
rodeado de un coro
de famélicos niños
entonando canciones infantiles.
Los pasos de Frank Arnold
resuenan en la calle.
Disparan en la noche los cañones
hacia un cielo poblado
de duendes y enemigos.
¿Enemigos de quién?
Ciento veinte columnas

nos sostienen.
Wall Street se desploma.
Jonás en el exilio.
Johanesburgo vibra de alegría
El portavoz declara
que las negociaciones se reanudan.
Fuentes bien informadas
confirman el acuerdo.
Alto el fuego inminente.
La gente de color
aún cree en los milagros.
Dejad que la lluvia
carcoma vuestras carnes.
A los ojos de Dios
lo singular no existe.
Sólo un imbécil cree
que este mundo
es el mejor de los posibles.
El futuro no puede
parecerse al pasado
Dejad que la lluvia
moje vuestra miseria.
Dejad que nos gobiernen
los mutantes,
que se aneguen las tierras,
que se sequen los mares,
que se apague la luz
de las estrellas.
¿Y qué si en el futuro,
conocen un planeta diferente?
La inteligencia ha sido
la gran trampa del hombre,
gracias a su eficacia,
está el mundo poblado
de seres infelices.
Pero es la voluntad
la que gobierna el mundo.
Dios es la voluntad,

hace mover el viento,
hace correr los ríos,
hace temblar el suelo.
El hombre sólo sabe lamentarse,
pedir y suplicar,
buscar consuelo.
Pero la voluntad
no se conmueve,
no siente compasión.
Y el hombre busca a Dios,
y cree en Dios,
y habla con Dios,
pero Dios, sólomente
es un espejo.